

Zoe Pereira González y Francisco Villalba Muñoz (coords.): *Miradas desde la crítica. El legado del Instituto de Investigación Social de Frankfurt a 100 años de su fundación*. InterdisciplinARS. Valencia: Editorial UPV, 2025, 257 págs.

A finales de 2023 el Institut für Sozialforschung (IfS) conmemoraba su centenario ante una situación histórica profundamente desafiante en un sentido tanto práctico como teórico. A problemas de amplio recorrido y presentes en la mayoría de diagnósticos de época de la pasada década, como la aceleración del cambio climático, la descomposición del orden social e institucional de los estados del bienestar posterior a la Gran Recesión y la recurrencia sistemática y global de las crisis migratorias, se le sumaban ahora fenómenos consolidados de manera más reciente: entre otros, el asentamiento institucional del radicalismo de derecha en Europa y América y, muy especialmente, la conformación de un escenario belicista, encarnado sobre todo en la guerra ruso-ucraniana y el genocidio de Israel en Gaza, que anticipa –carrera armamentística internacional mediante– la posibilidad de una conflagración mundial a gran escala. El inquietante escenario que sugiere esta coyuntura presentaba y sigue presentando un carácter un tanto contradictorio en su superficie. Como se señalaba entonces desde el propio Institut, aun cuando es posible reconocer en tales fenómenos la morfología de “un mundo que se desintegra” (IfS, 2023: 27) –así resumía la situación hace ahora dos años en el informe redactado con razón de su centenario–, ello no se ha traducido en el surgimiento de mayores resistencias a los mecanismos de integración del poder social. Al contrario, incluso allí donde puede existir una cierta conciencia en torno al carácter “insostenible” de las dinámicas de destrucción del capitalismo, de sus crisis cíclicas y del daño que produce en los sujetos, el hecho es que estas tendencias solo “se siguen perpetuando” (ibid.). Responder a esta contradicción –que representa, no obstante, la constitución normal del actual orden capitalista– y contribuir a su transformación supone el desafío más importante y urgente de nuestro presente para quienes se comprometen con la necesidad de construir una sociedad más justa. En este compromiso se ha inscrito también históricamente la teoría crítica, cuyo propio origen se debió a la intención de actuar como “acompañante intelectual” y agente colaborador de un proyecto político emancipatorio (ibid.: 25). Declarando su propósito de reconectar con esta meta, el IfS llamaba así a “reorientar” su “labor [...] en el ámbito académico y reexaminar su posicionamiento social” (ibid.: 26) atendiendo a problemas como el antes indicado en un momento en el que las tensiones internas del orden democrático-capitalista amenazan no solo con seguir empeorando las condiciones de existencia de la mayoría de la sociedad, sino con hacer estallar los mismos resortes de dicho orden social.

El informe presentado entonces por el Institut esbozaba unas conclusiones preliminares que, a modo de hoja de ruta, recogía los frutos de un debate interno en el que se habría pretendido replantear y poner a prueba la resistencia de los análisis y postulados de diferentes generaciones del organismo ante la actual situación social. Dicho debate se ubicaba en un contexto de discusión más amplia y aún en curso en torno a la herencia y actualidad de la teoría crítica. En este contexto es donde se sitúa la monografía que aquí reseñamos. Surgida a partir de un seminario desarrollado en la facultad de filosofía de la Complutense entre los años 2023 y 2024, *Miradas desde la crítica* se presenta como contribución a la retrospección crítica en torno a la historia y el legado del Institut, posicionándose desde una preocupación declarada por el horizonte bárbarico del capitalismo actual y, en particular, por su paradigmática expresión en el proyecto de borrado étnico del pueblo palestino, practicado con la complicidad y el silencio de todas las potencias occidentales y de su cultura oficial – incluyendo, por cierto, a alguno de los que durante décadas se han presentado a sí mismos como sucesores de la herencia intelectual del Institut–. Tal y como señalan en su introducción los coordinadores de esta monografía, Zoe Pereira y Francisco Villalba, la óptica aquí asumida parte de la premisa de que, si lo que se pretende es probar la actualidad y la potencia del proyecto de la teoría crítica frente a los retos de nuestro presente, la operación más consecuente será retomar los aportes de sus representantes originales. Reconstruir no solo el recorrido intelectual, sino sobre todo los propósitos teóricos y prácticos de algunos de los miembros de la primera generación de la llamada “Escuela de Frankfurt” será, por tanto, la intención fundamental de esta monografía.

El contenido y la disposición de los textos aquí presentes es coherente con una precaución sobre la que se insiste en la introducción antes mencionada. En efecto, es un profundo error –aunque no por ello poco común– interpretar el proyecto de la teoría crítica en términos escolásticos. Ni la inscripción formal de distintos autores y generaciones al Institut ni la construcción artificiosa –e interesada– de una “tradicción” intelectual con continuadores, herederos y aspirantes a herederos puede esconder el hecho de que entre distintos exponentes, pasados y presentes, de esta supuesta Escuela median “impulsos diferentes” y fines apenas conmensurables (Pereira y Villalba, 2025: 2). Aún más: siendo consecuentes con los fundamentos filosóficos de la teoría crítica, esta no puede aspirar a constituirse de manera “escolástica ni dogmática” (ibid.), incluso aunque su proyecto fuese definido por Horkheimer de manera programática. Tal cosa no significa, por otra parte, que la teoría crítica no

posea unas preocupaciones comunes y unos fines determinados. En buena medida, de hecho, el propósito de *Miradas desde la crítica* será poner en contexto estas preocupaciones y estos fines desde la intención de reubicar su proyecto de acuerdo a su adhesión, como hemos dicho antes, a la meta de la emancipación social. En este sentido, esta operación de contextualización histórica opera sobre un doble ámbito. Primero, y de manera principal, sobre el momento de formación de obras como las de Horkheimer, Adorno y Löwenthal, que definirá la identidad original de la teoría crítica como proyecto intelectual. Pero también sobre las resonancias que el pensamiento de estos autores produce sobre nuestro presente, en el que la claridad con la que se muestra la incapacidad de las democracias capitalistas para asegurar una existencia social digna –e incluso para mantener sus propios supuestos programáticos frente a la persistente sombra del fascismo– posiblemente solo sea comparable al contexto de surgimiento del Institut.

Mayormente, Marx será el centro en torno al que orbitará la contextualización teórica de la primera generación del Institut que se nos propone en *Miradas desde la crítica*. La “estela” del pensador renano representa, pues, el principal elemento de cuanta unidad hay en los distintos casos examinados aquí. Desde la concepción programática de la teoría crítica –descrita por Horkheimer, director del IfS desde 1931, en *Teoría tradicional y teoría crítica* (1937)– hasta autores influenciados por la labor del Institut pero no inscritos en ella ni directamente ligados al mismo, como Alfred Sohn-Rethel, participan de un denominador común: el afán de actualizar los presupuestos y las categorías de análisis del pensamiento de Marx de acuerdo con las condiciones de su época, bien distintas de las del capitalismo industrial en desarrollo que él habitó. Incluso a pesar de que el curso posterior de la teoría crítica, especialmente a partir de la experiencia de Auschwitz, apartase esta pretensión a un lugar secundario para trabajar sobre la base de una “genealogía de la modernidad”, lo que podríamos llamar “teoría crítica temprana” (Enguita, 2025, p. 80) se entendería a sí misma como una fuerza llamada a repensar y poner al día las categorías y aplicaciones de la crítica de la economía política, así como su pretensión de comprensión científica de la realidad. Podría decirse que fueron sobre todo dos los factores que impulsaron este esfuerzo. En el plano de la teoría, las claras insuficiencias de la herencia ideológica de la II Internacional, cuyo *corpus* marxista se había mostrado ya muy por detrás de las exigencias del momento histórico y político. En el plano de los hechos, el fracaso del intento de expandir al resto de Europa la toma del poder por parte del proletariado que ya se había producido en Rusia –dramáticamente expresado en la derrota

de los espartaquistas de 1919 y el subsiguiente asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg—, el cual confirmaba para muchos la necesidad de poner a prueba la resistencia de la interpretación marxista ante el actual estado de cosas y de enriquecerla con medios adecuados a los desafíos inéditos que este presentaba. Esta necesidad de referentes teóricos y analíticos aplicables al estudio de las ligaduras entre diferentes problemas y esferas del medio social impulsará, en buena medida, el énfasis en la adopción de un marco interdisciplinar, que constituirá una seña de identidad del trabajo —en este sentido pionero— del Institut.

También es a partir de este contexto de balance y actualización de la herencia de Marx desde el cual debemos comprender la inclusión de György Lukács en esta monografía, en concreto en su primer artículo, firmado por José Antonio Zamora. Como es sabido, la figura de Lukács mantiene una relación polémica con los representantes de la antes llamada teoría crítica temprana. Aunque su desarrollo intelectual posterior lo alejaría más y más de algunos de sus admiradores más destacables, la influencia de sus primeras obras —sobre todo *Historia y conciencia de clase* (1923)— sobre la formación de autores como Horkheimer, Adorno, Benjamin, Löwenthal y Marcuse es difícil de exagerar. En este sentido, Lukács, que posteriormente se desempeñaría respecto a algunos miembros de la primera generación del Institut como contrafigura filosófica, habría sido antes también, y de modo principal, su educador y mediador intelectual, influyendo ampliamente sobre una cierta recepción de Marx y una disección de la arquitectura espiritual de la modernidad capitalista que contribuirían a definir en un momento temprano el proyecto de la teoría crítica como uno destinado al análisis de la “dialéctica histórica de la sociedad burguesa [...] mediante el uso de categorías marxianas” actualizadas (ibid.).

Sería posible clasificar en tres tipos las aproximaciones a esta primera generación de intelectuales de la llamada Escuela de Frankfurt que se nos propone en *Miradas desde la crítica*. El primero se centra en torno a lo que podríamos describir como la fundamentación de la teoría crítica en calidad de programa filosófico, uno destinado a reinterpretar el mundo en un momento en el que han fracasado tanto el proyecto de su transformación como los medios de interpretación destinados a sostenerlo (ver Adorno, citado en Maiso, 2025: 90), pero que, en cualquier caso, continúa teniendo las miras puestas en cambiarlo de manera práctica. Dentro de él cabría mencionar el artículo de José Emilio Esteban Enguita, “Max Horkheimer y la teoría crítica temprana”, y el de Jordi Maiso a propósito de la noción de dialéctica negativa en Adorno y el “modo de proceder filosófico” que esta alberga (Maiso, cit.: 90). A la luz

de ambos artículos, la concepción de la teoría crítica emerge como un esfuerzo por responder a la pregunta por la “posibilidad de seguir haciendo filosofía” (ibid.) en una situación histórica *posterior* al proyecto –incompleto y ya para entonces fundamentalmente frustrado– de su realización práctica en la consecución de la revolución social (en alusión a la famosa sentencia de Marx en su *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel* de 1844). De tal modo, la teoría crítica se postula, ante todo, como un proyecto de actualización de la filosofía materialista y de su compromiso con la crítica de la lógica social: uno que no puede ya aspirar a neutralizar de ningún modo el “desgarrón entre el sujeto de conocimiento y su objeto”, la sociedad, ni a entregarse a “la idea de una reconciliación universal y perfecta” (Enguita, cit.: 85), lo cual no implica abandonar sus fines emancipatorios. La rehabilitación de la crítica materialista bajo el principio de una dialéctica de la no identidad, retomando aquí la definición de Adorno, surge, pues, en primer lugar, como autocrítica de la filosofía en una situación cuyo fracaso la obliga, no obstante, a ponerse de nuevo al frente de la crítica de la sociedad; y en segundo lugar, y en cuanto concreción de dicha autocrítica, como crítica del idealismo y particularmente de “la filosofía de Hegel y de su noción de dialéctica” (Maiso, cit.: 99). Queda aquí explicitada, por tanto, la indisoluble ligadura de la teoría crítica y de su proceder filosófico con el proyecto de Marx, cuya crítica de la filosofía hegeliana, en él conducente en última instancia a la realización y abolición de la filosofía, es retomada y readaptada a las circunstancias históricas presentes. En dichas circunstancias, definidas por la imposibilidad de una inmediata transformación de la sociedad, la necesidad de una filosofía de la negatividad –consecuente con el *factum* de la “persistencia indisminuida del sufrimiento” y del carácter no reconciliado de la realidad (Adorno, citado en Maiso: 99)– reemerge como momento de la reconstrucción de las condiciones que hacen posible dicha transformación.

El segundo tipo de aproximación remite a algunas de las lecturas estéticas presentes en la primera generación de la teoría crítica, concretamente las de Benjamin, Löwenthal y Marcuse. A pesar de las diferencias en los enfoques y objetos de estudio de estos autores, la lectura comparada de los artículos dedicados a cada uno de ellos permitirá comprobar dos elementos de importancia en lo que respecta a la relación entre estética y teoría crítica. Primero, y coincidiendo con los esfuerzos del Institut por construir una metodología de análisis de la sociedad burguesa sostenida sobre el principio de la interdisciplinariedad, la centralidad que adquirirán los documentos artísticos y culturales en el intento de reconstruir una teoría materialista de la socie-

dad. En efecto, si la situación desde la que el Institut comprenderá su propia tarea se define a partir del colapso del capitalismo liberal y del cosmos cultural de la burguesía, la reconstrucción de la subjetividad burguesa y de su progresión histórica constituirá una prioridad teórica. En este sentido, el arte, la arquitectura, la literatura y otras formas de expresión cultural adquieren una importancia especial en su carácter como manifestaciones fósiles de una determinada anatomía social. La “sociología de la literatura” impulsada por Leo Löwenthal es aquí un ejemplo paradigmático. Como cuenta Daniel Barreto en su artículo “Leo Löwenthal. Crítica del autoritarismo y sociología de la literatura”, la contribución del francfortiano al proyecto crítico del Institut, la cual tendría por objeto reconstruir el desarrollo histórico de la conciencia burguesa a partir de sus expresiones literarias fundamentales –con especial atención a la no ela decimonónica y el teatro realista–, acabaría dando lugar a uno de los análisis más completos –e inquietantes, por su actualidad– de la constitución de la ideología y la personalidad autoritarias, paralelo al ascenso del nazismo en Alemania (destaca, en este punto, su estudio sobre *Hambre*, la ópera magna del escritor colaboracionista y pronazi noruego Knut Hamsun). En una línea diferente aunque solidaria de esta merece también mención el caso, mucho más célebre, de Walter Benjamin. Respecto a este podemos encontrar un exhaustivo análisis en el texto de Cristina Catalina, que, centrándose en su reapropiación de la categoría marxiana de “fantasmagoría”, reconstruye los presupuestos y los propósitos de la “protohistoria de la modernidad” que el berlinés realiza, de manera más destacable, en su proyecto del *Libro de los pasajes*. El mundo objetual del capitalismo liberal del siglo XIX –cuya descripción, bien conocida, abarca un amplio número de clasificaciones estereotípicas: la arquitectura urbana del París de Haussmann; las exposiciones universales; los arquetipos del dandi, el flâneur y la prostituta; el fenómeno del coleccionismo; la moda...– sugiere para Benjamin la anatomía de una sociedad ya desaparecida, pero que continúa iluminando en sus ruinas la lógica que propulsa a la actual, y aún más, la posibilidad de una distinta. La reconfiguración del espacio y el tiempo a la medida del proceso de circulación de mercancías y la institución de rituales de adoración fetichista de los productos de consumo como forma básica de socialización son, así, procesos subyacentes a la configuración de un mundo material que colorea todos los resortes de la experiencia desde el ocultamiento del antagonismo social, pero que en ese ocultamiento fomenta también, aunque sea lateralmente, el deseo de su superación. Aquí cobra un papel fundamental el carácter que las fantasmagorías de la sociedad burguesa adquieren como “imágenes desiderativas”. La incipiente esfera del

consumo, sostenida desde la promesa fantástica de construir una realidad inmediata e infinitamente disponible por medio de su cosmos de objetos, contiene un destello de utopía, aun cuando su base sean la explotación y la personificación de funciones del capital. El “momento desiderativo” contenido en ella expresa de manera paradójica, en el mundo reconciliado que presenta, “anhelos de libertad, igualdad, justicia o bienestar” (Catalina, 2025: 66): el relegamiento del daño producido siembra sobre el inconsciente la posibilidad de algo distinto y mejor. De ahí la condición onírica y como espectral que el repertorio objetual del mundo burgués adquiere ante el presente –y que el surrealismo se ocupará de resignificar–. En las ruinas del pasado se descubre, pues, la posibilidad de un futuro diferente: cada época sueña la siguiente. Precisamente esta conexión entre estética, experiencia y tiempo histórico, ampliamente abordada por Benjamin, es la que define el segundo elemento de importancia en lo que refiere a la relación entre filosofía estética y teoría crítica. Marcuse es, entre los ejemplos tratados en esta monografía, quien más claramente puede mostrarnos esta conexión. En “Sexo, deseo y dimensión estética. Sobre la posibilidad de un diálogo entre Marcuse y Foucault”, Luis Alegre nos muestra cómo, con la mirada dirigida a un horizonte histórico ya distinto del que dio lugar a la fundación del Institut, un Marcuse en plena madurez intelectual retomará la propuesta schilleriana en torno a la naturaleza del arte como medio de reconciliación entre razón y sensibilidad. El propósito de Marcuse con esta operación –que explorará desde *Eros y civilización* (1955) en adelante– se comprende, como en el caso otros compañeros intelectuales (pensamos aquí, sobre todo, en Adorno) desde el intento de hallar márgenes de maniobra sobre unas coordenadas históricas y un análisis de situación concretos, definidos por la derrota del proyecto emancipatorio y la imposibilidad de su rearticulación inmediata. Sin embargo, si por algo destaca la intuición de Marcuse es porque, en el “giro estético” que experimenta su obra madura (Alegre, 2025: 238), lo estético se nos muestra ya no solo como custodio de potenciales utópicos o descubridor de fisuras en el seno de una cultura falsamente reconciliada, sino como aquella dimensión sobre la que recae de manera fundamental la radical transformación de la experiencia que debe acometer el proyecto revolucionario: como prefiguración y operador práctico de la vida justa. Algo que, en cierta medida, permite tender un puente entre los potenciales futuros de transformación de la experiencia y la insoslayable obligación de tratar de trastocarla *aquí y ahora* –y que, sin duda, contribuye a explicar el enorme prestigio del que Marcuse disfrutaría sobre la *new left*, los nuevos

movimientos sociales y las contraculturas de los 60, aportando así una mirada sobre las influencias a posteriori de la primera generación de la teoría crítica–.

En un tercer y último tipo de aproximación podríamos incluir a dos autores que, aunque menos referenciales y conocidos, ejemplifican muy bien los potenciales de aplicación del programa de investigación de la teoría crítica. Si, diferenciándose del mecanicismo analítico del marxismo ortodoxo, la teoría crítica quiso en un primer momento rearticular las potencias del pensamiento de Marx y de su crítica de la economía política sobre la base de una metodología interdisciplinar que permitiese hacerlas llegar allí donde el propio análisis marxista no había podido hacerlo, el proyecto intelectual de Alfred Sohn-Rethel –plasmado en *Trabajo intelectual y trabajo manual* (1970)– y la colaboración de Georg Rusche y Otto Kirchheimer en *Pena y estructura social* (1939) son dos de los casos que mejor muestran el alcance que pudieron tomar estas ambiciones. Tanto Sohn-Rethel como Rusche y Kirchheimer comparten algunas características comunes: una relación compleja con el Institut –de hecho, Sohn-Rethel nunca estuvo formalmente ligado a él, debido a la oposición de Horkheimer–, una aproximación original y heterodoxa a temas relativamente atípicos dentro del marco de intereses dominantes en él, y un esfuerzo por expandir los límites del análisis marxiano a terrenos hasta entonces inexplorados. Esta combinación de rasgos daría lugar a dos obras únicas y pioneras que contribuirían a expandir los horizontes teóricos de la teoría crítica. *Trabajo intelectual y trabajo manual* es el resultado de un camino intelectual de décadas en el que, como relatan Chaxiraxi Escuela y Mario Domínguez en “Alfred Sohn-Rethel y la teoría crítica. Abstracción real y mercancía”, Sohn-Rethel persiguió demostrar una hipótesis fundamental: la vinculación entre el desarrollo del trabajo social en condiciones capitalistas y el surgimiento del pensamiento abstracto, paradigmáticamente encarnado en el sujeto trascendental del idealismo kantiano. En el intento por dar respuesta a la “pregunta por el origen del pensamiento abstracto” (Sohn-Rethel, citado en Escuela Cruz y Domínguez Sánchez-Pinilla, 2025: 180), Sohn-Rethel acabaría así armando un complicado edificio teórico destinado a construir una “epistemología materialista” aún incompleta en Marx. Por otro lado, *Pena y estructura social* constituye un esfuerzo programático por desentrañar, desde una óptica y una gramática marxianas, los procesos de construcción social del crimen y las categorías criminológicas, así como de los dispositivos de castigo asociados a ellas. Con esta obra Rusche y Kirchheimer darían carta de nacimiento al marco analítico de la economía política del castigo, que, como se ocupan de mostrar el ya mencionado Mario Domínguez y Da-

vid J. Domínguez González en su prolijo estudio, aún hoy resuena en autores notablemente influyentes, como Loïc Wacquant.

En suma, *Miradas desde la crítica* presenta una panorámica completa y hábilmente equilibrada de las aspiraciones intelectuales, angustias de época y horizontes políticos compartidos por la primera generación de la teoría crítica, aquella a la que correspondió definir el sentido y los fines de este proyecto. El propósito de tender puentes hacia el pensamiento de Marx y situarlo a la altura de las exigencias del momento sería, como hemos dicho, el denominador común detrás de una serie de autores y programas de investigación por lo demás no siempre conmensurables. Más allá de esto, poner el énfasis, como se hace aquí, en este atributo compartido adquiere una importancia especial cuando se trata de mirar hacia los orígenes de la teoría crítica desde el punto de vista de la pregunta por su actualidad. Esto es así por dos razones. Primero, porque una contextualización completa de la misma nos obliga a ponerla de frente a las condiciones históricas que alumbraron dicho proyecto y a los propósitos prácticos que perseguían sus fundadores. Segundo, y más importante aún, porque si de lo que se trata es de resituar los aportes de estos autores a la altura de las exigencias de nuestro presente –como ellos pretendieron hacer en su momento con el legado de Marx–, el primer paso necesario es reconectar con la proyección práctica que estos buscaron en su labor investigadora, ligada a la meta de la emancipación social y la superación del sistema capitalista. Una perspectiva que, por evidente que pueda parecer, requiere hoy especial consecuencia y compromiso, teniendo en cuenta el carácter insólitamente desafiante de la situación actual.

Javier Pomares Cumbreño

javpomar@ucm.es

REFERENCIAS

- PEREIRA GONZÁLEZ, Z., & VILLALBA MUÑOZ, F. (2025): *Miradas desde la crítica: El legado del Instituto de Investigación Social de Frankfurt a 100 años de su fundación*. Valencia: InterdisciplinARS.
<https://doi.org/10.4995/INT.2025.683501>
- INSTITUT FÜR SOZIALFORSCHUNG (2023): *100 Jahre IfS / Perspektiven. IfS Working Paper Nr. 20*. Frankfurt a. M.: Institut für Sozialforschung.